

Alfabetizar nuestra cultura política, una clave para la Paz

Por Luis Guillermo Guerrero Guevara*

En Colombia existe una fuerte tendencia a rechazar la política por percibirla como una actividad denigrante, corrupta y deshonestas. Si bien algunos impugnan que esto sea una verdadera política, los hechos confirman que este tipo de práctica es la que con mayor frecuencia vivimos en nuestras veredas, barrios, municipios, regiones y en las instancias públicas del país.

Lo peor de esta situación es que diversos sectores de la ciudadanía, cuando tiene la oportunidad de aprovechar esta fórmula habitual de “hacer política”, para obtener beneficios o ventajas individuales, familiares o del círculo inmediato de amigos, acepta las reglas de juego de este modo de proceder. Para el caso colombiano, esta práctica se ha convertido en un escenario más complejo y de graves consecuencias dado el contexto de más de cinco décadas de esta dolorosa tradición de violencia política que auspicia la eliminación moral y física del contradictor político. Es el círculo de la muerte que desastrosamente ha tocado a la gran mayoría de las familias, comunidades, organizaciones e instituciones privadas y públicas de la nación.

Esta manera de proceder tiene en su base una cultura política que se expre-

sa en distintas representaciones: i) a un amplio sector ciudadano lo ha llevado a la despolitización y, en consecuencia, al rechazo y/o indiferencia de la participación en lo público; incluso en menoscabo de sus propios intereses. Estos ciudadanos finalmente buscan diversos caminos para cuidar sus beneficios y promueven un individualismo aislado del “sálvese quien pueda y cómo pueda”; ii) otros ciudadanos optan por vivir aliados o al lado de los políticos de profesión de todas las tendencias; aprovechan, conviven y cohonestan con una ética de “múltiples cabezas”, para alcanzar junto al político corrupto y por todos los medios, incluidos los ilegales y armados, los beneficios e intereses particulares; iii) algunos sectores ciudadanos y políticos alimentados por movimientos sociales y diversos actores de la sociedad como la academia, la empresa,

las iglesias, las organizaciones de mujeres, de jóvenes, gremios, etnias, procesos de nuevas ciudadanía y programas regionales de desarrollo y paz, etc., vienen replanteando y buscando un nuevo sentido de lo público, del quehacer y de la ética política. Si bien es un proceso nuevo y en etapa de crecimiento en el país, no se puede desconocer que también existe como una propuesta que cobra relevancia en distintas regiones y en el escenario nacional.

Sin lugar a dudas en Colombia necesitamos ampliar esta tercera representación de lo político para que tengamos la posibilidad de practicar y comprender la política con otros sentidos, paradigmas y resultados. Podemos decir que precisamos de una alfabetización de nuestra vieja y habitual cultura política. Con mayor obligación y exigencia hoy en estos tiempos en que buscamos por medio del diálogo la superación del conflicto armado para iniciar el camino de una construcción participativa de la paz con justicia, con reconocimiento de las diversidades regionales y culturales, una paz que se hace sostenible porque somos capaces de llegar a pactar acuerdos y pactos políticos sobre la base de nuestras diferencias, sin discriminar ni eliminar al contradictor por pensar distinto.

Pese a este deseo, necesario y urgente, la realidad nos sigue mostrando el peso arrollador de las prácticas políticas tradicionales. Existe en el país una derecha incólume, honda y peligrosa, aferrada a la salida militarista del conflicto para salvaguardar sus amplios intereses y ventajas. Para ella, su visión de democracia se

“
Precisamos de una alfabetización de nuestra vieja y habitual cultura política. Con mayor obligación y exigencia hoy en estos tiempos en que buscamos por medio del diálogo la superación del conflicto armado.
”

construye también creando y fortaleciendo un ejército paralelo al legítimo del Estado y/o cooptándolo para lograr su victoria. Esta derecha se ha trazado, como una de sus metas, eliminar al contrario, sobre la base de desatar estrategias oscuras y criminales cada vez más evidentes en las denuncias de las víctimas y en las bases de datos sobre la violencia política en diversas regiones del país.

Estrategias de fuerza que pretenden obligar al adversario a acatar la voluntad deseada y, si no lo hace, a recibir la eliminación física, pasando a una arena que rebasa la ética política deseable y generando,

infortunadamente, el acostumbrado y aberrante escenario que hemos vivido en el país: despojar al contrario de sus derechos civiles y políticos y, lo que es más grave y repugnante, negarle el sagrado derecho a la Vida.

De otra parte, algunos sectores de izquierda o de política no tradicional, que no han tenido garantías ni el espacio propicio para participar de manera firme y reconocida en las decisiones políticas de sus regiones y del país, y además, acechados por la persecución, la amenaza, la judicialización, la desaparición y el asesinato, por pensar en salidas políticas diferentes, para solucionar problemas y necesidades padecidas, han escogido la opción armada, en diversos momentos de la historia colombiana, tanto para auto defenderse como para pretender la toma del poder por la vía armada. Esta opción si bien no se justifica en la medida que opta por la fuerza armada para hacer política, la realidad la genera por el estrecho espacio para ejercer el derecho a la participación política. De ahí la importancia definitiva de cómo aprovechar los diálogos de La Habana para avanzar en la construcción de nuevos escenarios para la participación política ciudadana, de la oposición y de las expresiones políticas que han sido “borradas

del mapa” en el país, como la Unión Patriótica en su momento; mucho más allá de si solamente las FARC-EP tienen las garantías necesarias para participar en el escenario político legal e institucional del país.

Vano y flaco favor le hacen las estrategias y opciones armadas ilegales de derecha o de izquierda, cualquiera que sea su justificación, para cimentar los procesos políticos y la democracia de cualquier sociedad. Y esto porque su metodología está basada en la fuerza bruta de la guerra y no en la fuerza del

debate de las ideas y de los argumentos en los espacios sociales e institucionales que sean necesarios para construir y refrendar los pactos políticos en medio de las diferencias.

Por eso, escenarios como el de los diálogos entre el Gobierno del Presidente Santos Calderón y la Guerrilla de las FARC-EP en La Habana, abonan de manera importante a una salida más política que guerrera tanto para la desactivación y superación del conflicto armado como para la necesaria y profunda construcción de un proceso de paz en Colombia. En este sentido, no le hacen bien a este

proceso ni las posiciones maximalistas ni las minimalistas ni las de una ciudadanía indiferente: la primera, porque le piden al diálogo que supere de la noche a la mañana las causas estructurales del conflicto social y armado, punto de vista que pareciera ignorar el profundo problema que hemos vivido por más de cinco décadas en Colombia; nada más lamentable que un pueblo desconozca su historia o que no tenga memoria de ella. La segunda posición, minimalista,

no le hace bien a los diálogos porque, de manera mordaz y virulenta sus agitadores califican de insubstancial este diálogo para la paz del país. Agregando, a reglón seguido, que este diálogo es otra artimaña de las FARC-EP para tomar oxígeno político y militar, y en el caso del Gobierno del Presidente Santos, una jugada electoral para consolidar su segunda reelección y continuar atado al poder. Por su parte, la posición de indiferencia ciudadana frente a hechos políticos decisivos, como los actuales diálogos de paz, igualmente erosionan estos procesos, tanto porque de manera pasiva o activa los invisibiliza como porque los contamina del virus de la despolitización.

En medio de estas posiciones políticas los diálogos de La Habana se ven impactados por los medios de comunicación. Ellos generan opinión, se convierten así mismos en los exegetas y en los que enseñan a la población lo que ocurre en la realidad. Su poder formativo y pedagógico, para mal o para bien, es innegable. Pero no todos los medios son iguales ni responden a los mismos intereses. Como lo expresa Fernán González: los medios escritos contienen información más completa, ponderada y de carácter menos superficial, mientras que la mayoría de los noticieros y programas de opinión en nuestra radio y televisión colombiana, con excepciones contadas y significativas, propenden por mirar los acontecimientos políticos con una

mentalidad de telenovela o de película de vaqueros, donde los malos y buenos están claramente identificados en una confrontación maniquea. (González, 2013,1)¹.

Por eso, en el contexto de los diálogos de La Habana y de la tarea a mediano y largo plazo en el diseño y puesta en escena de la Paz, los diversos actores y estamentos de la sociedad convocados por las iniciativas de paz, así como las instituciones públicas, locales, regionales

“

Cómo aprovechar los diálogos de La Habana para avanzar en la construcción de nuevos escenarios para la participación política ciudadana, de la oposición y de las expresiones políticas que han sido “borradas del mapa” en el país, como la Unión Patriótica.

”

“

No podemos desperdiciar las oportunidades que se están dando en el camino para dar pasos importantes en la obra de la paz.

”

y nacionales, tenemos el desafío de ser profundamente responsables, oportunos y pertinentes en nuestros pronunciamientos y acciones políticas. Las diatribas, sermones y juicios públicos con difamaciones sin fundamento, cargadas de prejuicios apasionados e ideologizados de algunos actores sociales, políticos y estatales, sumados a la estrategia de un protagonismo mediático pernicioso y a todo un repertorio de actuaciones inconvenientes, producen uno de los insumos preferidos para que algunos medios de comunicación y sectores enemigos del diálogo, hagan una fuerte y desenfrenada presión de desgaste y deslegitimación que pueden convertir tanto los diálogos como la obra de la paz en una encrucijada políticamente insostenible e inviable.

En este escenario, desde el CINEP/PPP expresamos nuestro apoyo decisivo, constructivo y crítico a las iniciativas de paz, tanto a las que han sido persistentes a través de los años como a las que se están creando, en medio de un clima de esfuerzo entre múltiples actores sociales y públicos, locales, regionales y nacionales. Estos procesos necesitan ser reconocidos, respetados y protegidos, de

cara a la consecución de un bien mayor: la paz con justicia social en el país. Esfuerzos que a la vez pueden ser aprovechables para recuperar las lecciones de anteriores acercamientos de paz y para generar nuevos aprendizajes políticos que desarrollen capacidades y aumenten en la sociedad visiones y actitudes que desactiven comprensiones irreconciliables, maniqueas y polarizadas del ejercicio político en el país.

En este sentido, la alfabetización de la cultura política es clave para la paz. Esta tarea, cuya responsabilidad recae no solo sobre las instituciones educativas sino sobre los actores políticos como los partidos, las organizaciones sociales, las ONG que hacemos educación, entre otros, así como sobre la sociedad en general, nece-

sita ser re-significada de tal manera que sus contenidos y métodos sean cada vez más rigurosos, responsables y útiles para la generación de una cultura política que amplíe y llene de contenido el modo de hacer política en Colombia. No podemos desperdiciar las oportunidades que se están dando en el camino para dar pasos importantes en la obra de la paz. Muchos estaremos de acuerdo en que para lograrla se necesita ir más allá del silencio de las armas o de los pactos entre cúpulas, y pasar con claridad a la refrendación ciudadana e institucional de los pactos de La Habana, para entrar a la tercera fase de la construcción de una paz integral que, desde la base local y regional, sea políticamente incluyente, socialmente sostenible y éticamente justa. 

* **Luis Guillermo Guerrero Guevara:** Director General del CINEP/ Programa por la Paz.

Notas

- ¹ González G. Fernán E., S.J. Febrero de 2013, Una negociación en dos carriles. Un acercamiento a la coyuntura de las negociaciones en La Habana, CINEP, Bogotá.

Encuéntranos en:



<https://twitter.com/RevistaCienDias>



<https://www.facebook.com/pages/Revista-Cien-D%C3%ADas/221278907984940?fref=ts>

**Cien
días**
VISTOS POR CINEP/PPP

en redes sociales

